

Contra la espera pasiva, contra la resignación

Hay que reconocerlo: mucho de lo que parecía sólido ha acabado disolviéndose en el aire. La confianza ciudadana, la consistencia de las instituciones, el prestigio de la política, el vínculo social, las altas magistraturas, el contrato no escrito entre generaciones, la configuración política e institucional... todo está en cuestión. Y no solo por eso que se ha dado en llamar *la crisis*, sino por sus antecedentes y contexto, las políticas teóricamente destinadas a hacerle frente, los abusos de las compañías y grupos oligopolistas, el deficiente funcionamiento de las instituciones y muchos otros factores entre los que sobresalen, sin duda alguna, los comportamientos *poco ejemplares*, más generalizados de lo que se barruntaba.

Además, aunque para muchas personas identificadas con la democracia en este país resulte doloroso admitirlo, Europa ha pasado de ser la solución a ser un problema. Esto marca un antes y un después. La insistencia, bajo dictado europeo (o directamente de Alemania), en unas políticas restrictivas implacables sin horizonte alguno de recuperación ha acabado haciendo mella. Estas políticas de ajuste, orientadas básicamente a dar seguridad a los acreedores externos, a calmar a los mercados, a dejar bien sentado que el Estado (es decir, los contribuyentes) se hará cargo –cueste lo que cueste– del enorme agujero provocado por la depreciación de activos inmobiliarios, están socavando las bases del consenso social y político que había dado estabilidad al sistema y a las instituciones.

Cualquier observador un poco atento se percata de que la deriva actual es insostenible. En realidad, la relativa ausencia de encono que a tantos sorprende a la vista de los indicadores, se debe más que nada a una sensación difusa de incredulidad. Si no ha habido todavía una explosión social de grandes proporciones es porque se individualizan los problemas en un contexto que no se acaba de creer. ¿Cómo es posible, cómo ha podido suceder?

Pero esta sensación no podrá durar mucho, como tampoco podrán dar mucho más de sí los otros factores coadyuvantes que inhiben o canalizan las tensiones, como los apoyos familiares, el recurso a reservas que se van agotando o la economía sumergida.

El empeoramiento de todos los indicadores es más que preocupante. Un desempleo del 27%, que en algunas zonas y poblaciones concretas se dispara aún más, la reaparición de la pobreza de masas, el aumento exponencial del número de personas sin recursos, las tasas negativas del PIB, el paro juvenil que roza o supera el 50%, la emigración forzada de jóvenes con buena formación académica, el desmontaje por partes del Estado del Bienestar, la drástica reducción de la protección social cuando más falta hace, el *atroz desmoche* que se ha producido ya o que se vislumbra en ámbitos tan sensibles como la cultura, la investigación científica, la enseñanza o las universidades, son los síntomas y las realidades de un malestar de fondo que, como decíamos, resulta insostenible.

Habrà por tanto que allegar soluciones. La actitud de espera pasiva a que amaine el temporal y volvamos a los buenos tiempos, no se sabe cómo, tiene poco sentido. Y tiene menos sentido aún cuando se compagina con los avances en un programa máximo privatizador, unilateral y altamente ideológico del que se benefician grupos muy concretos y que empeora el clima social. Este tipo de pasividad tan singular (porque es sin duda selectiva) puede llevar a un agravamiento paulatino, de efectos letales. La resignación ante la adversidad es tal vez una virtud individual, ligada a un estoicismo sereno o a creencias profundas. Pero socialmente es improductiva, desmotivadora y contraproducente. No hace sino acentuar el mal y acercar a la sociedad y a las personas a un abismo intolerable.

Se impone por tanto un cambio, basado en un replanteamiento radical, en el acuerdo y en la articulación de las mejores energías con que cuenta este país. Que no son pocas, cosa que vale la pena subrayar precisamente en un momento de tanto desaliento, que enlaza con la vieja tradición del pesimismo histórico hispano. Unas energías que deberían aplicarse a promover un cambio de modelo productivo, pero también un nuevo ajuste institucional, la reforma en profundidad de la vida política, la reconfiguración racional y (como mínimo) federal del Estado de las autonomías, un nuevo pacto intergeneracional, la activación de recursos hoy ociosos, y especialmente a desplegar mucha más iniciativa en el plano europeo e internacional para abrir paso a una política distinta. En definitiva, una renovación social y generacional de gran alcance. Erizada de dificultades, por supuesto. Pero imprescindible, aunque habrá que ver con qué mimbres podrá acometerse tarea tan ambiciosa.

Ahora bien, la premisa de cualquier inflexión debería ser un examen de conciencia sin concesiones. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Pues, en el fondo está muy claro. Se ha dejado hacer a unas élites irresponsables que han masacrado el interés general. Se ha permitido la persistencia de un modelo productivo ineficiente y desajustado, poco adaptado a las exigencias cada vez más duras de la competencia internacional en la era de la globalización y del surgimiento de nuevos actores en el ancho mundo. En algunos casos por ignorancia de las realidades económicas, en otros por pura irresponsabilidad o por intereses espurios, lo mínimo que cabe decir es que el entramado político-institucional no ha estado a la altura. Se ha consentido que las virtudes del consenso y de la ya lejana transición

se convirtieran en las lacras de un sistema político y electoral ineficiente, clientelar y corrupto en algunos casos, y escasamente participativo.

Si algo ha quedado claro es que no es de recibo achacar las culpas, todas las culpas, a los otros. La arquitectura del euro es un desastre, la desregulación financiera ha sido nefasta, Alemania sigue sus propios intereses (y especialmente los de sus bancos, principales acreedores de los *derrochadores* del sur), Angela Merkel es estricta e inflexible, y no digamos ya la opinión a la que ha de rendir cuentas, etc., etc. Todo eso y más aún que podría añadirse es cierto. Pero es solo una parte de la verdad. Miremos hacia adentro. A las políticas de gasto que han dilapidado sin justificación posible los recursos públicos. A la gran corrupción que ha proliferado en partidos e instituciones. A las prácticas corruptoras sistemáticas de las empresas contratistas. A los muchos inductores de la burbuja inmobiliaria y del desaguado de las Cajas de Ahorro y otras entidades financieras. A los abusos de compañías y empresas en posición dominante. A la tolerancia social con las prácticas irregulares. A la evasión fiscal generalizada. A los discursos neoliberales triunfantes (potenciados por opinadores sin sustancia pero no contrarrestados de manera efectiva desde el ángulo intelectual) que han avalado la desregulación y la reconducción de recursos públicos a manos privadas. Al endeudamiento sin tasa y sin freno, basado en el espejismo y la falta de previsión. A la lentitud e ineficiencia del sistema judicial español. Al predominio de los intereses privados y corporativos sobre los intereses generales y colectivos. A la zafiedad que destilan algunas cabeceras y medios de comunicación muy connotados. A las trabas al debate social y a la participación democrática impuestas por un sistema diseñado para conseguir estabilidad y desmovilización. A la oligarquización de los grandes partidos, primados electoralmente pero que ya no reflejan bien el pluralismo real de la sociedad. Y son solo algunos aspectos de un gran entramado que pide a gritos un baño de democracia (en el sentido auténtico de la palabra), de eficiencia, de realismo económico, de honradez, de racionalidad, de inclusión social, de ambición como país. Todo lo contrario del griterío y la crispación. Pero también todo lo contrario de la espera pasiva y resignada.

* * *

Se incluye en este número de PASAJES un dossier sobre “El trauma, la culpa, el perdón”, en el que han colaborado Reyes Mate, Sabina Loriga y Luis Sanfelippo (filósofo, historiadora y psicoanalista respectivamente) con el objeto de ofrecer materiales de reflexión sobre una cuestión clave del devenir colectivo. El tratamiento de materia tan sensible y emocional debería ser considerablemente matizado y alejado de la pulsión descaradamente política. Cabe percibir, en cambio, que predomina, en este asunto, el trazo grueso y la descalificación sumaria, lo que sin duda dificulta la superación de los traumas y desgarros del pasado. Esperamos que estas aportaciones, que atienden a las múltiples dimensiones de la cuestión, sirvan para enriquecer el debate y estimular la reflexión necesaria.